

Entre la euforia y la incertidumbre

Por María Karla Varela Azniella
Fotos: Tomadas de Internet

Un gol puede unir a millones de personas y un terremoto puede conmover al planeta en cuestión de segundos. Aunque parecen acontecimientos opuestos, ambos revelan el enorme poder que ejercen los fenómenos sociales sobre los adolescentes, una generación que hoy construye buena parte de su identidad entre el sentir, las redes sociales y la necesidad de formar parte de algo más grande que ellos mismos.

Los jóvenes nunca habían estado tan conectados con el mundo como ahora. En la actualidad, basta con abrir una red social para pasar de la euforia deportiva a observar imágenes de una ciudad devastada por un desastre natural. La distancia geográfica ha dejado de ser un límite: los acontecimientos internacionales llegan a las pantallas casi al mismo tiempo en que ocurren y generan reacciones inmediatas que trascienden fronteras.

Los recientes sucesos demuestran que el entorno social influye profundamente en la manera en que los jóvenes sienten, interpretan y reaccionan frente a la realidad. Las emociones ya no se viven únicamente en el ámbito personal; ahora son compartidas y amplificadas por algoritmos que convierten todo en tendencias globales. Comprender este fenómeno resulta esencial para entender cómo se forma la personalidad interna de una cara joven.

CUANDO UN BALÓN MUEVE AL MUNDO

Pocas competiciones deportivas generan un impacto social comparable con el de un Mundial de Fútbol; y es que más allá del espectáculo, el torneo constituye un fenómeno cultural capaz de movilizar masas, sentimientos, e influir directamente en el comportamiento de millones de adolescentes en el planeta.

Durante varias semanas, la rutina cotidiana se rompe por unos días. Cambiamos horarios, organizamos reuniones familiares y llenamos cafeterías. Encontramos en la competencia un espacio de identidad en el que se fortalecen amistades, se siguen referentes deportivos y se participa en comunidades digitales que comparten una misma pasión.

Según la psicóloga villaclareña Meibis Martínez Moya, el fútbol activa emociones intensas. La euforia de un gol, la tensión de un penal o la frustración de una derrota provocan respuestas biológicas relacionadas con la liberación de dopamina, adrenalina y endorfinas, neurotransmisores asociados al placer y la motivación. En consecuencia, cada partido se convierte en una experiencia emocional que muchos jóvenes desean repetir una y otra vez.

A este componente biológico se suma el valor social. Compartir un juego con amigos y vestir el uniforme de una selección fortalece la sensación de pertenencia. La identificación se multiplica porque los equipos representan países, ciudades y culturas enteras. Así, el adolescente no solo apoya a un conjunto de jugadores, sino que siente que forma parte de una comunidad con la que comparte símbolos, emociones y aspiraciones.

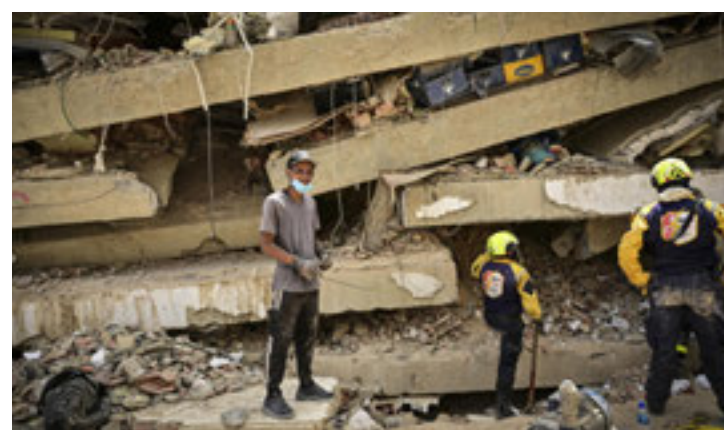
Las redes sociales han potenciado todavía más este fenómeno. En TikTok abundan los retos relacionados con celebraciones de goles, Instagram se llena de fotografías con camisetas nacionales, en X los debates sobre alineaciones y resultados ocupan las principales tendencias, mientras que Facebook continúa siendo un espacio donde



Entre los referentes deportivos de este Mundial destacan figuras como Messi, Cristiano Ronaldo, Haaland, Mbappé y Harry Kane.



Un estudio de la Universidad de Barcelona revela que el 78 % de los espectadores asocia el fútbol con cálidos recuerdos de la niñez.



La cifra de fallecidos por los terremotos en Venezuela asciende a más de 3500 personas.



Venezuela registró dos de los cinco terremotos más fuertes de su historia, con apenas 39 segundos de diferencia.

familias enteras comentan los partidos. Cada plataforma convierte el Mundial en una conversación permanente donde se construyen opiniones, se imitan comportamientos y se eligen referentes.

«Hago videos para YouTube en los que analizo cada partido, y esto me ha abierto las puertas para conocer personas de otros lugares y relacionarme con ellas», cuenta Carlos Mauro Santos, un joven aficionado al equipo de Noruega.

Para que el deporte siga siendo entonces una herramienta de comunicación y de promoción de valores como el respeto, la cooperación, la disciplina y la convivencia, se hace necesario eliminar el fanatismo excesivo, la intolerancia, los insultos, burlas y discursos de odio entre seguidores de distintos equipos, especialmente en entornos digitales, donde el anonimato favorece la agresividad.

ESPERANZA FRENTE A LA TRAGEDIA

Mientras el Mundial llenaba de alegría las pantallas, otro acontecimiento ocupaba

el espacio informativo y las conversaciones digitales desde una perspectiva completamente distinta. Los recientes terremotos de 7.2 y 7.5 en Venezuela pusieron nuevamente en evidencia el impacto que tienen las tragedias naturales sobre una generación que vive conectada las 24 horas del día.

Las redes sociales, apenas unos minutos después de la tragedia, comenzaron a llenarse de videos grabados por ciudadanos, imágenes de edificios afectados, mensajes de personas desaparecidas y campañas para localizar familiares. TikTok, Instagram, Facebook y X se convirtieron en canales de información inmediata, pero también en escenarios donde convivieron la solidaridad, la angustia y, lamentablemente, la difusión de rumores y contenidos falsos.

Por ello, los especialistas insisten en la necesidad de desarrollar una cultura de alfabetización mediática. No todo lo que circula corresponde a hechos comprobados, y aprender a identificar fuentes confiables constituye hoy una habilidad tan importante como comprender el funcionamiento de las propias redes sociales.

Las transformaciones emocionales y sociales durante la adolescencia hacen que los jóvenes adquieran un mayor grado de vulnerabilidad y susceptibilidad ante los fenómenos que ocurren a su alrededor. La búsqueda de una identidad propia lleva a cuestionar creencias, valores e influencia del entorno.

De igual forma, este tipo de acontecimientos representa un reto emocional. Aunque muchos se encuentran a cientos o miles de kilómetros del lugar afectado, la exposición constante a contenido de destrucción puede generar ansiedad, tristeza e, incluso, sensación de vulnerabilidad.

Martínez Moya explica que en esta etapa del desarrollo, las emociones suelen vivirse con mayor intensidad, y que este consumo excesivo de información relacionada con desastres aumenta los niveles de estrés si no existe un adecuado acompañamiento familiar o un buen manejo de la información.

Aun así, la esperanza rompió las puertas del miedo. Se mostró el lado quizás más humano y empático de Internet. Han sido miles los jóvenes que han compartido campañas de donación, difundido números de emergencia y publicado mensajes de apoyo hacia las comunidades afectadas.

Flavia Álvarez Ayala es solo un ejemplo de participación ciudadana a distancia. Confiesa que a inicios de años visitó Venezuela, y aunque fue poco y le hubiese gustado hacer más, su manera de aportar un granito de arena fue compartir partes de personas desaparecidas.

El Mundial de Fútbol y el terremoto en Venezuela parecen pertenecer a espacios opuestos. Uno celebra el talento, la competencia y la pasión deportiva; el otro recuerda la fragilidad de la vida frente a la fuerza de la naturaleza. Sin embargo, ambos comparten un elemento común: la capacidad de influir en las emociones, las conductas y la forma en que los adolescentes interpretan el mundo.

Detrás de cada fenómeno, positivo o negativo, existe una realidad que merece ser analizada con responsabilidad. Al final, tanto un estadio lleno de aficionados como una ciudad que intenta levantarse después de un terremoto nos recuerdan que las emociones también construyen sociedad.